

LA ALBORADA

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y SOCIAL

Redacción y Administración

Calle Convención, No. 82

DIRECTOR - REDACTOR

CONSTANCIO C. VIGIL

Administrador

Agustín Salom

—≡≡≡ ALBUM REVOLUCIONARIO ≡≡≡—



Teniente Coronel Abelardo Márquez

(FOTOGRAFÍA DE SANTINI HNOS.)

SUMARIO

TEXTO.—El plano de prueba.—Lista de honor.—Desdoro!—Traslado al Directorio.—La Revolución de los Comicios, por Joaquín Muñoz Miranda.—Apuntes históricos (inéditos), del constituyente don Carlos Anaya.—El gobierno y la langosta.—Del interior.—Ecos nacionalistas.—El clima en el Uruguay, por Antero Urioste.—Refrán de mi aldea, por Solano A. Riestra.—Las bodas de oro, por Jordá.—Nocturno, de Werther.—Puesta de sol, por Eduardo López Labandera.—Minucias, de Oscar G. Ribas.—Materialismo, de Sempromia.—En pura plata, por Monreal.—Sociales.—Eslabones.—Notas de la Semana.—Transcripciones.

GRABADOS.—Triniente Coronel Abelardo Márquez.

EL PLANO DE PRUEBA

LO QUE IMPONE LA BASE 5.^a DEL ACUERDO

Está sobre el tapete de la actualidad, el estudio de la base estatuida en quinto término en el acta labrada el 19 de Abril del corriente año por los directorios de nuestras colectividades políticas, acto público que se ha denominado *Acuerdo de los partidos*.

Forma tan delicada cláusula, el punto sensible de la situación presente; avanzaremos nosotros la arraigada opinión de que él constituye el plano de prueba de las personalidades que actúan hoy en la primera fila del gobierno; circunstancia que impone el reposado estudio de la cuestión á los hombres políticos, á los miembros de la prensa, á quien ocupa el encumbrado puesto de la presidencia, en primer término.

A nuestro juicio, el cuarto poder del estado ha rehuído ese deber; acude al paliativo, se humilla ó calla. Y por si preguntáis quien se prosterna, cuando es la razón, no arqueos dorsales, la llamada á impugnar, recordad á la prensa desleal, la prensa innoble que embadurna la pluma con el lodo adherido á la bota del Jefe de la República.

La verdad: hé ahí lo que debe decirse; la justicia: he ahí lo que obliga; la razón: he ahí quien nos debe dictar lo conveniente.

La 5.^a base del Acuerdo de Abril, dice: *Aceptar y proclamar la candidatura de don Juan L. Cuestas para la próxima presidencia constitucional* EN EL CONCEPTO DE QUE SE HARÁ UN GOBIERNO PROBO, ILUSTRADO Y CONCILIADOR, SUBORDINADO RIGUROSAMENTE Á LOS PRECEPTOS DE LA CONSTITUCIÓN Y DE LAS LEYES Y Á LAS LEGÍTIMAS ASPIRACIONES DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

Reunida la Convención Nacional del partido Colorado, se ha traído á tela de juicio la manera de llevar á la práctica esa cláusula; y es cuando el tardío convencimiento de que es esa base 5.^a impolítica, incompleta é irrealizable se apodera de los firmantes de aquel Acuerdo.

Y como impolítica, incompleta é irrealizable se debe rechazar, pese á quien pese, antes que contraer tremendas responsabilidades. Porque no es á la Convención Colorada á quien corresponde dictaminar en el asunto, ni puede admitirse, bajo ningún concepto, la desdoro

sa prédica que se viene haciendo por ciertos diarios oficiales, cual parte válida.

La aclaración y complementación de esa cláusula es función privativa de las mismas corporaciones directivas de los partidos que celebraron el Acuerdo, y en modo alguno, fracción determinada puede arrogarse la facultad de ilegitimar aquel acto solemne con un frío y grosero insulto á la conciencia individual y á la dignidad del pueblo que delegará sus poderes en los legisladores.

Pero, si penetramos algo más en el espíritu de esa cláusula, vendremos á concluir en que los acuerdistas han transferido su cumplimiento para el momento en que las cámaras decidan con su voto la elección presidencial: lo que equivale á establecer que el cuerpo legislativo es el llamado á desempeñar la función de Tribunal, que ha de juzgar el delicado punto, á saber: *si el señor Cuestas hará un gobierno probo, ilustrado y conciliador, subordinado rigurosamente á los preceptos de la constitución y de las leyes y á las legítimas aspiraciones de la opinión pública*.

Como se trata de un futuro más ó menos próximo, los legisladores juzgarán cada cual arreglado al criterio propio, en presencia de los antecedentes y de las circunstancias concomitantes; y es la única solución, que vemos al conflicto que ha surtido en el seno de la Convención Colorada y que tiene forzosamente su trascendencia en todos los partidos.

Ciertos personajes colorados, poseídos de un cuetismo frenético, han hecho público el deseo de que los ciudadanos sindicados para ser elegidos senadores ó diputados *se comprometan en documento escrito á votar la candidatura del señor Cuestas*; y la adhesión al gobierno ha llegado al extremo risible de que tal desatino haya sido propuesto ante la Convención del partido Colorado, contando numerosos corifeos, y de que el papel adúlón de todos los gobernantes, ante la altiva respuesta del doctor Juan Carlos Blanco,—quien rechazó con patriótica indignación ese nefando ultraje al fuero interno,—estampara esta estúpida amenaza en sus columnas: *«Podemos afirmar que por el hecho de que el doctor Blanco se declare independiente, nada se perderá ni se ganará en la elección»*.

Necesitamos reprimir la pluma para no ultrapasar los límites severos en que deseamos encuadrar nuestra opinión. Da vergüenza leer esos renglones afrentosos en el *diario oficial*.

Mas si diremos, al ver al mismo Cuestas empeñado en que firmen el compromiso, que no es el primero, ni acaso el último enjuague de este jaez que observamos en el señor presidente provisorio. Muy suya es, la innoble práctica de aherrar la voluntad de los hombres con documentos. Bien lo sabemos. Debería no ignorar dicho señor que esos papeluchos que ha hecho firmar repetidas veces para estar libre

de defecciones, son papeluchos no más y con firmas y rúbricas no valen un ardite frente á la palabra honrada ó la conciencia de los que la tengan.

Como tales, miramos ese *compromiso* que se ha empezado á fraguar. Nuestra opinión serena y firme es que nadie puede comprometerse á votar por el señor Cuestas; ni nadie debe renunciar á su candidatura en atención á esas exigencias desdorosas.

El pacto obliga á lo justo, nada más, y la conciencia de cada cual basta y sobra para interpretar y cumplir lo que se convino en él.

Fuera de esta línea de conducta se producirá el desastre; la ruína moral de todos los copartícipes,—cuya conducta fustigaríamos en primera línea,—y el relajamiento de cuantos vínculos sostienen la situación creada el 10 de Febrero.

* La mayoría triunfará!... ¿Y quien asegura el triunfo electoral á esa mayoría? ¿Acaso ha dicho el pueblo si dará sus votos, por ciudadanos que tengan comprometida su libertad como representantes y sojuzgada la conciencia?

La mayoría se impondrá!... O, como dice *La Nación*, porque haya espíritus independientes, *nada se perderá ni se ganará en la elección...*

Acabemos: se trata de un atentado ignominioso á la democracia y á nuestras prácticas cívicas: atrás ese infame propósito, indigno de la patria!

No se puede aceptar el monstruoso bochorno que se nos prepara á los uruguayos; esa nueva caída al rincón más infecto de la política!

No; ni la época ni el suelo consienten diputados con coyunda!

Presentaremos por último, á nuestro juicio, la conducta grosera del señor presidente provisional, quien, presa de una ambición de mando poco común, presencia impertérrito los rastrojos manejos que impugnamos, y lleva su *lupé* hasta inmiscuirse en el asunto, insinuándose en el ánimo de los irresolutos, espoleando á sus fieles para que no desmayen en el innoble cometido!

El señor Cuestas tiene el deber ineludible, impuesto por la delicadeza y el honor, de renunciar formalmente á su candidatura, para la presidencia próxima!

¿Se ha mirado el señor presidente en un espejo de cuerpo entero, comparando sus actos con lo que dice la base 5.^a del Acuerdo? ¿Ha compulsado bien aquellas palabras que dicen *conciliador, ilustrado*, etc.? ¿Qué fué de aquellas frases melosas en que prometía al pueblo ser todo un Cincinato ó todo un Washington? ¿Dónde ha ido á parar aquel desinterés monumental y aquel *yo no voy á aceptar la presidencia?*

Serás lo que debes ser y sinó... lo más que se pueda!

LISTA DE HONOR

«...Es preciso que la juventud nacionalista acredite su desinterés...»

LUIS A. DE HERRERA (*Carta-
renuncia*).

No nos place el elogio; no está hecha nuestra pluma para la alabanza. Empero, se complace en proclamar la justicia, en revelar la virtud, enalteciendo los sentimientos puros con el relieve de la sinceridad. LA ALBORADA, que es obra de la juventud, debe traer á sus páginas los resplandores propios de la edad más viril, y revestirse de ellos para que su humildad tenga ese brillo.

La política de casi todos los países se fusiona sobre las líneas fronterizas, para formar en su conjunto un vasto mar agitado donde las ambiciones, á manera de oleaje, se entrechocan.

Los hombres públicos, á medida que se elevan, se empequeñecen; por lo que un ilustre crítico los comparaba á los globos, que cuanto más suben, más se pierden de vista para el pueblo.

Nuestra tierra, acaso como pocas, ha visto con extremada asiduidad desmoronarse la fama de sus hijos selectos; y presenciado el espectáculo sin grandeza del rebajamiento de las conciencias y la denigración de las personalidades cuando ha sonado la hora de llegarse al festín del presupuesto público ú ocupar los sitios que halagan la vanidad del poderío ó el honor.

Grande y dulce parece la recompensa que se tributa á los ciudadanos capaces del sacrificio y de la abnegación, para los que aspiramos el grato ambiente de la llanura cívica; y sorprende ese trueque de la aureola del cariño de un pueblo agradecido por el bellocino de oro, ó una patente que discierna el mando. Pero los hechos nos hablan con su elocuencia incontrovertible; nos habla una experiencia reiterada, un cúmulo de casos desgraciados, y es todo ello la más acabada prueba de que el desinterés, el sacrificio abnegado, constituyen en materia política lo excepcional, á tiempo que la más corruptora venalidad forma la regla.

Queda aún otra senda iluminada por el desinterés: la exaltación al poder deseada con un afán patriótico, con lo que llamaríamos, noble anhelo de popularidad. Renunciar á este deseo, desdeñar el puesto elevado desde donde luchar con nobles fines, y preferir el campo de los humildes, sin renunciar por eso al sacrificio ni á la tarea del civismo, tan pura decisión, tan nobilísimo impulso, rebosante del orgullo sagrado del patriota, colma ya la medida del deber y es el padrón del supremo desinterés político.

Tal es el punto que ocupa el modesto cuanto ejemplar proceder de los dignísimos ciudadanos doctor Francisco A. López, Luis Alberto

de Herrera, doctor Andrés Ceberio y Luis Pastoriza,—quienes, recientemente, habiendo sido proclamados *por el pueblo*, candidatos á las futuras cámaras, presentaron renuncia indeclinable de tan elevados puestos, queriendo, según sus propias declaraciones, demostrar que el patriótico anhelo que les anima no se halla amortiguado en sus proyecciones por ningún interés, ninguna ambición personal, y sí, enaltecido por intachable pureza de principios é inquebrantable fe en el ideal político del partido Nacional.

LA ALBORADA cumple un deber y satisface sus íntimas aspiraciones, incluyendo esos nombres entre aquellos que han enaltecido sus páginas humildes, y presenta á esos miembros conspicuos de la falange joven del Partido, el sincero tributo de sus simpatías,—á la vez que formula sus votos porque la patria cuente entre sus hijos muchos imitadores de esa conducta sin mácula, que ha atraído sobre sí la mirada de un pueblo agradecido.

DESDOROSO!

TRASLADO AL DIRECTORIO

Las proclamaciones recientemente efectuadas en el departamento de Rivera, se han rodeado de detalles que no están en armonía con los principios y las prácticas de nuestra colectividad, razón más que suficiente para que se produzca la intervención oficial del Directorio.

El doctor Luis M. Gil, proclamado candidato para senador por el departamento, ha enviado un telegrama al doctor Alfonso Lamas, en el que, á tiempo de presentar la renuncia del cargo ofrecido, hace declaraciones que comprometen el honor de la Comisión Directiva de Rivera. Manifiesta el doctor Gil que la elección del señor Alfonso Lamas *«ha sido el resultado de intrigas y miserias locales, ayudadas por influencias que no debieran ponerse en juego en nuestro Partido...»*

Nosotros no nos hallamos interiorizados en esta fea cuestión electoral; antes bien, carecemos en absoluto de mayores datos que los que nos dan los telegramas que se han hecho públicos.

En posesión de los detalles pertinentes quisiéramos hacer la salvedad que se impone, si no resultaren ciertas las graves faltas que se traslucen; y en el caso de existir coacción, fraude, ó manejos turbios en las filas nacionalistas de aquella zona, con entera imparcialidad juzgaríamos los atentados producidos, distribuyendo culpas sin timidez y sin miramientos, porque entendemos que el partido Nacional no puede consentir que se mancillen sus principios, ni puede presenciar la transgresión electoral en su seno, sin que el chasquido del látigo de Tácito señale las espaldas de los que así claudiquen y así mancillen nuestro ideal político.

Quedamos á la espera de la autorizada intervención amistosa, de influencia moral, únicamente, del Directorio.

LA REVOLUCIÓN DE LOS COMICIOS

LOS TRABAJOS NACIONALISTAS I EL GOLPE

Y CERRO-CHATO

APARICIO Y CHQUITO SARAVIA

EN EL ESCENARIO POLÍTICO-MILITAR

TERCERA PARTE

V

1. Primera derrota y dispersión de Manuel Alcoba.—2. Francisco L. Lacuesta se retira silencioso hasta la ciudad de la Florida.—3. Un montón de episodios.

3.—Con el propósito de dar una ligera idea, aunque ella sea un pálido reflejo de la triste realidad de lo acontecido el día 30 de Noviembre de 1896, con motivo del desastre completo de las fuerzas gubernistas al mando del coronel Manuel Alcoba, vamos á referir un montón de interesantes episodios en los que fueron principales protagonistas algunos oficiales y soldados que, dominados por un pánico indescriptible, perdieron la noción del deber militar.

1.º El comisario del lugar donde se realizó la refriega, señor Morales, cojo para más señas, y que formaba parte de las fuerzas deshechas, no paró la carrera hasta llegar al pueblo de San Ramón, departamento de Canelones! de donde no quiso volver más al desempeño de sus funciones, renunciando por correo el puesto que otrora le confiara la administración bordista de la Florida.

2.º El 2.º comisario de la misma sección, señor Iriondo, de guapeza personal indiscutible, pierde el recado en la vuelta cara, y sale rumbo opuesto á sus compañeros, errante y sin darse cuenta por donde va, y alcanza á una distancia que, revelada, parecería novela!

3.º Un tal Romualdo, que hacía de capitán en la misma gente, de turbios antecedentes partidarios, lo que quiere decir que el dicho capitán bordista era colorado de nuevo cuño, se cortó con un soldado de uno de los pelotones, y enderezó á todo lo que daba su corcel en dirección á una casa en la cual se divisaba un caballo enfrenado debajo de la enramada, con el deliberado propósito de cambiarlo por el que montaba.

Pero el raro capricho de la suerte preparaba á Romualdo una emboscada traidora.

Para llegar á la casa en cuestión había que salvar un alambrado. No había portera en el punto ni el desteñido capitán tenía llave para cortar los hilos. El enemigo avanzaba. Entonces resolvió, porque todavía no se había turbado del todo, dejar el caballo con todas las pilchas, lo que imitó el soldado que lo acompañaba; y

corriendo con toda la fuerza que le daban sus piernas se dirigieron ambos hacia el sitio donde estaba el caballo enfrenado.

El capitán Romualdo, al llegar á la casa, quiso balbucear algunas palabras, pero no pudo; sólo atinó á tomar el caballo, y de un salto se le orqueta. Quiere romper la carrera sin acordarse del soldado, y el brioso animal dando un corcovo saca al jinete de su lomo, y le hace sufrir un fuerte porrazo que lo deja tendido con todo el ancho de las espaldas y sin sentido por muchas horas!

El soldado, que ve caer muerto á su capitán Romualdo, coje el caballo por la rienda y después de ensayarse un buen instante en el *ba-gual* sale con toda felicidad, librando todos los obstáculos y dejando muerto según él «á un oficial derrotado y golpeado», quien había pretendido dejarlo en la estacada.

Justicia pronta, buena y barata!

El capitán de la referencia es el mismo que más tarde se permitía el lujo de mandar una partida suelta, y que durante los siete meses de la contienda pasó merodeando por las Puntas del Pescado, Sierra de Sosa y Nico Pérez, con todos los aires de un capitanejo dominador de vecindarios pacíficos.

Pero revestido del más *fino tacto militar*, apenas tenía conocimiento de alguna novedad por nimia que fuera, ya salía callandito á incorporarse al coronel Alcoba ó á petrificarse en Nico Pérez conjuntamente con las fuerzas que sentaban allí sus reales.

No era para menos; la trágica escena del 30 de Noviembre de 1896, tuvo para el capitán Romualdo coloridos verdaderamente subidos por cierto, bien difíciles de echarse en olvido por muchos años.

4.º Por otro lado, un teniente de línea, de nombre Antonio, que en la dispersión salió con su hijo mayor, rumbo á la barra del Sauce de Mansavillagra, donde arribó con demasiada prontitud en un lamentable estado de nerviosidad, y que á pesar de tener el conocimiento de un gato montés en aquellos pasos, picadas y cañadas, no dió con ninguno de ellos; al contrario, se embretó en un lugar que no daba salida. Tenía delante de sus ojos una hondísima laguna.

El teniente de línea se dispuso á jugar el todo por el todo.

Retrocedió unos veinte metros y después de caerle de azotes y mangazos á la yegua que montaba, porque no era caballo, sino yegua, preparándola para un último afloje, cerróle piernas y «chupándola» al grito de *hoc! hoc!* se lanza con una velocidad increíble á la laguna que le estorba!

Recio fué el golpe! Estruendosa repercusión en las selvas del magnífico *chafs* que se produjo en el agua al caer el pesado cuerpo de la yegua ensillada y el del jinete.

Todo aquello se perdió por un momento en el fondo de la laguna.

La yegua se ahogó con el recado puesto, naturalmente, y el oficial de línea Antonio salió á fuerza de brazo á la ribera opuesta refugiándose en un pequeño bosquecito que allí existe, para abandonarlo al poco rato.

Adviértase que cuando el teniente Antonio se azotaba á la laguna perdiendo el recado y ahogando su yegua, ya estaba fuera del alcance de las lanzas nacionalistas, y á una distancia de muchísimas leguas!

Desde aquel paraí, se dirigió á pié á Illescas, en cuyo trayecto llegó á varias casas de vecinos circunspectos que le ofrecían caballo y recado para que hiciera su travesía, ofrecimientos que rechazaba diciendo: «A PIÉ ME ESCAPO MEJOR!»

5.º Más allá un soldado, joven aún, con el caballo algo aplastado y con los ojos que parecían salirse de las órbitas, encuentra á un vecino de la Capilla del Sauce del Yí, que montaba un caballo de aguante y que llevaba atada á la cincha con una cuerda una rastra, en la cual conducía un carnero para desollar en su casa.

El fugitivo no tuvo más palabras que éstas al encararse con el hombre que encontraba por casualidad: «DEME EL CABALLO QUE YA ESTÁN ENCIMA MÍO; LO HAN MUERTO AL CORONEL ALCOBA Y HA HABIDO UNA MORTANDAD BÁRBARA.» Y diciendo esto saltó en el pingo del vecino, quien apenas tuvo el tiempo justo y cabal para cortar la cuerda, pues el disperso del Sauce no se había dado cuenta que el nuevo caballo que montaba llevaba rastra; sólo empeñado en salir como el viento.

Recien al cabo de un rato se repuso de la sorpresa el del carnero, porque además de ella ignoraba que el país estuviera en conmoción, exclamando: «VÁLGAME EL PULSO Y EL FILO DE MI AMARGO; PORQUE SI ERRO EL GOLPE ESTE BÁRBARO SE ME VA, ADEMÁS DEL RECADO Y EL CABALLO, CON LA RASTRA, EL CAPÓN Y LA PIOLA!»

El soldado sigue á toda carrera con el susto consiguiente, y encontrando un alambrado lo salva con un furioso salto de avance, consiguiendo salir ileso y alejarse para siempre de Alcoba!

6.º Acullá, sale otro soldado, y como un rayo fué á parar á Polanco del Yí, á más de diez leguas del teatro de los sucesos, á más de doce de los nacionalistas y á más de veinte de donde se encontraba su jefe el coronel Alcoba. Lo mismo que el teniente Antonio, rehusó aceptar caballos que le ofrecieron los vecinos para que matrease en forma, en la creencia que aquellos campos estuvieran atestados de revolucionarios como lo afirmaba el disperso.

7.º Allí, otro soldado que llega á una casa y monta un caballo enfrenado que había en ella, bueno y ligero, y á las diez cuadras lo cansa completamente.

¡Ni un gamo hubiera hecho tantos prodios en la carrera de una derrota ó de una dispersión!

Cerramos esta serie de episodios desastrosos con el más curioso de ellos.

Digno broche á esta clase de expediente!

El coronel Manuel Alcoba tiene desde ha muchos años un cuzquito en extremo mimoso, de pelo overo-negro y si mal no recordamos reyuno de las dos orejas, que como de costumbre lo había seguido ese mismo día.

Compadecido del cansancio del animalito, que marchaba con la lengua de fuera, lo alzó Alcoba en el anca de su parejero. Suscitado el descalabro general, es arrojado el fiel overo-negro de sus buenas comodidades.

Aturdido con el golpe y exacerbadado con los gritos y los tiros de boleadoras de los revolucionarios, salió disperso, confundido y sin poder ejercer sus facultades olfativas para dar con su amo. Extraviado del grueso de la columna, llegó el cuzquito á la primera casa que encontró á su paso y después de un previo reconocimiento que le resultara negativo, pues sus conocidos iban muy lejos, huyó en dirección á la casa del vecino Luis Sobreda, quien conoció en el cuzco asustado el mimoso animalito que distraía al coronel Alcoba en sus ratos de ocio, y se apresuró á mandarlo á su destino por motivos de vieja amistad y por ser sabedor que una señora de aquellas inmediaciones había ofrecido una libra esterlina á la persona que encontrara y entregase el overo-negro reyuno de las dos orejas!

El señor Sobreda no admitió de la dicha señora recompensa alguna.

La guerra tiene contornos caprichosos.

¿Quién, que no fuera un visionario, pudo imaginarse que la derrota y dispersión del Sauce del Yí, asumiera caracteres tales, con protagonistas de tan diversas categorías!

J. MUÑOZ MIRANDA.

(Continuará).

APUNTES HISTÓRICOS

POR EL DISTINGUIDO CIUDADANO

Sr. D. CARLOS ANAYA

INÉDITOS (1)

(Continuación)

Estos le rodearon como prisioneros, pero reclamando de su comandante Lavalleja la inviolabilidad de su persona, agregó que era un patriota y que aceptaba su causa de buena fe. El comandante le aceptó y ya formó parte en aquella empresa. En tal concepto, el brigadier Rivera mandó su ayudante para que sorprendiese con maña los varios cantones

(1) Los originales de estas importantísimas memorias de puño y letra de don Carlos Anaya, obran en poder del señor Alfredo Villanob, quien se reserva el derecho de publicación.

imperiales, apoderándose de las armas é intimidándoles que eran prisioneros de la patria, como lo cumplió con habilidad á excepción de otros acantonados más previsores, que marcharon hacia la provincia de Misiones.

Todos los demás quedaron prisioneros de las fuerzas libertadoras, que marcharon ya muy reforzadas por los valientes que en su marcha se le habían reunido, de modo que vinieron á acantonarse en Santa Lucía Chica y Banco de Pintado, á una legua del pueblo de Florida, al Sud.

Desde allí se tomaron providencias, destinando fuerzas sobre la Colonia, sitiándola, á las órdenes de un jefe brasileiro que con otros connacionales se prestaron y por 2.º al comandante Lapido. De igual modo se puso asedio á Montevideo bajo el mando del coronel don Manuel Oribe, uno de los de la empresa y por 2.º al comandante don Manuel Soria, tomando precaución sobre Maldonado por el ayudante don N. Olivera ya invicto, investido de coronel.

El comandante Lavalleja se aproximó al Canelón, donde convocó sujetos de confianza para instruirlos de la misión que lo ocupaba para la libertad oriental, agregando que sus recursos eran brazos orientales, sin esperar auxilios extraños y que reclamaba la cooperación de los habitantes del Estado para triunfar de la dominación imperial que les tiranizaba. ¡Remarcable ingenuidad!

No faltó quien le informase al general Lecor en la plaza y de cuya convicción se tramó una conspiración que debía dar cuenta de las cabezas de Lavalleja, Oribe, Rivera y demás principales de aquella cruzada, cuyo proyecto se puso en práctica, que fracasó por haberse hecho sentir, siendo en prisiones los que habían arrostrado tan horrendo empeño y que fueron encausados y sentenciados pero indultados por el mismo Lavalleja generosamente. Siguió el pronunciamiento espontáneo de todo el país en favor de la patria; poniendo en seguridad la frontera del Brasil por una división patriótica á las órdenes del comandante don Ignacio Oribe.

En esta circunstancia, el jefe de la empresa tuvo la inspiración de crear un Gobierno provisorio, compuesto de sujetos de respetabilidad y patriotismo bien notorio, instalado en el pueblo de la Florida, como base de la libertad, quien correspondiendo á su alta misión, de acuerdo con el comandante Lavalleja, convocó á los pueblos todos del Estado Oriental para elegir diputados para la 1.ª Sala de Representantes en Oriente como tuvo lugar legalmente.

Abrazada la situación bélica que marchaba en pos de grandes sucesos, el que escribe estas apuntes y que estaba en la capital, se aproximó al general Lecor, con quien tuvo una conferencia sobre aquellos acontecimientos, y siendo interrogado sobre el partido que tomaría el país á la cruzada de Lavalleja, se le contestó: «Que el país había reposado hasta entonces bajo la égida de la Constitución del Imperio, pero que no estaba

sino escrito que las guarniciones de los pueblos en campaña no seguirían los ejemplos de S. E., pues no hacían sino hostilizar con desconfianzas sobre los hijos del país, por sus inquisiciones alarmantes y que cuando unas fuerzas patriotas les brindaban con la libertad, no podía responder de la decisión que tomarían.»—No agradó este lenguaje tan libre y positivo y tuvo que despedirse penetrado de la reprobación del señor general Lecor, ocultándose luego en casa de un amigo por ocho días y tomando sus medidas para evadirse de la capital é incorporarse á la empresa de sus libertadores, como lo verificó presentándose al comandante general Lavalleja en Santa Lucía Chica, donde fué recibido con todas las consideraciones que puedo expresar.

Aceptada su persona, pidió venia para pasar á Maldonado para traer su equipaje al ejército y prestar sus servicios con entusiasmo. En Maldonado tuvo oficio del Gobierno Provisorio para presentarse como comisario general de Guerra, lo que verificó en el acto. Así que lo recibí me conduje á la Florida, y aceptado el destino me personé al Gobierno Provisorio, quien me autorizó además, patentándome con el carácter de Administrador General de Rentas del Estado, de Tesorero General y encargado de los intereses de campo. secuestrados á los brasileiros establecidos prófugos en Montevideo, desempeñando accidentalmente las funciones de fiscal ante el gobierno.

En posesión de aquellos empleos gratuitos, sin sueldo, contraté el abasto para el sostenimiento del ejército con el ciudadano don... Acosta, durante el asedio de la Colonia, pues que el abasto para el sitio de Montevideo estaba provisto de los ganados de la estancia del Imperio, establecida en Pan de Azúcar, sobre 23 leguas al Este de Montevideo.

Reglamenté igualmente dos receptorías, provistas interinamente en tres sitios y una en Canelón para la recaudación de los derechos fiscales en las estaciones primitivas de la plaza enemiga, y que había ya provisto una comisión de hacienda que me pasó su archivo.

EL GOBIERNO Y LA LANGOSTA

No está en mi mente, al gobierno
Comparar con la langosta,
No porque el comer esquivé,
Ni que su hambre sea corta,
Ni porque no le amenaze
Al país con su persona,
Ni huya presto de la hacienda
Como el acridio y la isoca
Huyen de las arboledas...
Menos aún, porque corran
Uno y otro, ante el amago
De invasiones pavorosas
De herreristas ó de látigos

Que su venida pregonan...
Que mi intento es ensalzar
La magnífica corona
Que ha puesto sobre sus sienes
El señor Cuestas ahora
Con motivo de venirse
Al Uruguay, la langosta.
Y, por si no conocéis
Tan magnificante cosa,
El egregio y eficaz
Proceder del que nos honra
Provisionalmente y casi
La breva segura toca,
Sabréis que si, generoso,
De esta cualidad blasona
Y á manos llenas la hacienda
En el bien público agota:
Sabréis, que si tiene fama,
En tratando de mejoras
De tirar por la ventana
A cuanto dinero toma,
Su conducta ha traspasado
Todo límite á esta hora,
En que el Sumo provisorio
(Se os hará agua la boca,
Hacendados,)—con motivo
De amenazar la langosta
Asolar á la campaña,
Y para que la destruyan
Mas pronto que á una paloma,
El gobierno ¡oh, generosa
Magnificencia! ha enviado
En cuatro enormes montones
Sus doscientos patacones!

DEL INTERIOR

Durazno, Noviembre 15 de 1898

Señor Director de LA ALBORADA.

Montevideo.

Distinguido correligionario: Como le decía en mi anterior del domingo 13 del actual, se verificó la nueva proclamación de nuestros candidatos, á la futura legislación.

Con asistencia de los señores miembros de la Comisión Departamental, don Miguel Píriz, don Juan N. Zabala, don Lorenzo Echechuri, don Felipe Garreto, don Rafael González, don José D. Ayçaguer, don José Gutiérrez, don Juan J. Rolando y los delegados seccionales, don Secundino Gutiérrez por la 1.ª, don Francisco Sosa por la 2.ª, don Rosalio Vera por la 3.ª, don Juan Cardoso y Pena por la 9.ª, don Federico Castellanos por la 11.ª, y don Demetrio Píriz por la 12.ª, bajo la presidencia del primero de los señores nombrados, se declaró instalado el Congreso Elector y procedió á ocuparse de su cometido. Concedida la palabra al señor José D. Ayçaguer, después de algunas consideraciones propuso para el cargo de titular de Representante al doctor don Rodolfo Fonseca y el señor Rolando propuso al

señor don Lauro V. Rodríguez; puestos á votación ambas candidaturas el doctor Fonseca obtuvo doce votos y el señor Lauro V. Rodríguez dos, declarándose en virtud de su gran mayoría proclamado el doctor Fonseca para el mencionado cargo. En seguida se pasó á proclamar el suplente respectivo, saliendo electo el señor don Enrique Legrand.

En el mismo acto de proclamarse á los señores doctor Fonseca y señor Legrand, para los cargos de Representante y suplente respectivamente á la futura representación; se procedió á proclamar los cinco titulares y sus respectivos suplentes, para el Colegio Electoral de Senador, nombrándose una comisión receptora y escrutadora de votos, la que, hecho el escrutinio, proclamó electos á los siguientes señores: titulares Federico Castellanos, Manuel Gutiérrez, Juan A. González, Juan Cardoso y Pena y José D. Arçaguer, y como suplentes, Pedro F. Pose, Miguel Palermo, Juan Lucú (hijo), Ernesto Abreo y Marcelo Méndez.

Los miembros del Congreso Electoral han dado una vez más prueba de civismo, proclamando al doctor Fonseca y al señor Legrand, acreedores á esa distinción por sus méritos, como ciudadanos patriotas y abnegados.

El Partido Nacional que después de treinta años, va á ejercer sus derechos cívicos; daría un triste espectáculo, sino llevase á la futura Representación á sus hombres más competentes, tanto por su inteligencia como por sus méritos cívicos.

Los nacionalistas del Durazno, que por primera vez vamos á ejercer el derecho del sufragio, podemos decir con orgullo que vamos á dar nuestro voto por un ciudadano que nos sabrá representar dignamente en la Cámara, y que hará honor á nuestra causa y á la Patria.

Varios jóvenes nacionalistas de esta villa, le dirigieron un telegrama de felicitación al distinguido correligionario doctor Fonseca con motivo de su proclamación á lo que él contestó en los siguientes términos:

«A Manuel S. Gadea.

Durazno.

Recibo altamente complacido y les agradezco su felicitación, y la de varios dignos miembros de la juventud nacionalista de ahí; mi proclamación para diputado por ese departamento tiene el sello de la juventud, que no sabe ni mentir elogios ni callar censuras; al aceptar por sinceros los que se me prodigan en el telegrama que contesto, adquieren ustedes el derecho de trocarlos por recriminaciones si llegase á defraudar sus legítimas esperanzas lo que tengo la seguridad de que no ha de suceder, ya que de mí no ha de exijirse otra cosa que firmeza y honradez.—R. Fonseca.»

—Estuvo en esta villa días pasados, el señor Gustavo R. Garzón, con el objeto de hacer

trabajos en favor de la candidatura de don Lauro V. Rodríguez.

Lo saluda su correligionario y atto. S. S.

EL CORRESPONSAL

ECOS NACIONALISTAS

CLUB "2 DE ENERO"

Como lo habíamos anunciado, efectuóse el domingo ppdo., á las 8 1/2 de la noche, la inauguración del Club «2 de Enero». El acto ha sido todo un triunfo para nuestra causa. El gran salón donde se verificó la asamblea estaba arreglado con verdadero gusto. Abrió el acto el señor Juan Pedro Oribe, presidente del club, pronunciando un elocuente discurso, que le valió nutrida salva de aplausos.

Siguieronle en el uso de la palabra los señores Nicolás Chápores, Marín de María, Coralio Pereyra (hijo) y el señor Octavio Arias, quien dió por clausurado el acto.

Constatamos con verdadera satisfacción que la iniciativa de los compañeros de la 7.^a sección ha sido coronada por el éxito merecido.

CLUB NACIONAL

La comisión directiva de este importante centro partidario ha adoptado algunas resoluciones de interés en sus sesiones últimas. A las muchas reformas introducidas en atención á los progresos de la asociación, hay que agregar la habilitación de las salas de gimnasia y esgrima, habiendo sido ordenada ya la adquisición de los útiles necesarios.

Es cosa casi resuelta la organización de una gran biblioteca para uso de los socios.

La Estudiantina que ha poco se formó, se halla ya convenientemente instalada en una de las salas de recreo, y, en posesión de la instrumentación debida, ha comenzado ya sus ensayos musicales.

REFRANERO DE MI ALDEA

Al doctor Luis Melián Lafinur

V

Que lo mate Trueba!

Cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento ¿me entienden ustedes? Quiero decir que por esta vez no piensen ustedes en gracejos, porque estoy dispuesto á escribir lo mismo que comen en casa agena los muchachos traviesos: con toda formalidad.

Empiezo.

Creo que estábamos allá por el año de 1874. Era día de toros, como ustedes lo oyen, día de toros y recalco para que no quede asomo de duda. La villa de la Florida, por muchos conceptos histórica, contaba entonces lo que hoy pide á grito herido la cultísima

ciudad que, antes de imperar la *canallocracia* de la patria, era designada con el pomposo título de MUY NOBLE Y RECONQUISTADORA de San Felipe y Santiago. ¡Como dentro de poco no pida pan para que el cuadro sea completo!

Pero...

Vamos á ver, con franqueza: ¿éramos ó no gente de rumbo los floridenses de aquella época?

Si que lo éramos. Y si hay quien piense lo contrario que levante el dedo y me lo mande decir por el próximo correo, que ya verá...!

Sigo mi relato.

La cuadrilla que dirigía el diestro Pastrana, que con una letra menos y un tilde más hubiera resultado lo que realmente era, se había anunciado con clarines, cohetes voladores, bombo y platillos.

En cuanto á los toros, no hay que decirlo, se ponderaban en los carteles como el *summus* de la bravura.

Efectivamente: no sé si por casualidad ó porque realmente eran buenos, casi todos los bichos dieron un juego tal que á haberlo presenciado el duque de Veraguas, se habría caído muerto de envidia. Digo, si serían de *caliá* los cornudos! Y eso que, para no quitarles á ustedes la ilusión, no les comunico que eran criollos puritos sin pizca de refinamientos.

El último que salió al redondel, de los que se habían de lidiar ese día, fué un barroso de muy buena estampa, pocas libras, cuernos abiertos con las puntas vueltas hacia atrás, remolón al extremo de que no hubo forma de hacerle entrar ni á la pica, ni á la capa, ni á las banderillas.

Cansados ya, los diestros dieron por terminada su faena y el toro, interin no aparecía el enlazador que le había de sacar ignominiosamente de la plaza, se quedó hecho un desvergonzado, riéndose á quijada batiente de público y toreros, pero sano y salvo para contento de su familia.

Cuando menos lo pensábamos los espectadores, cuatro ó cinco entusiastas aficionados se lanzaron al circo, con animo de retar al burlón y afearle su cobardía. De ellos, el primero fué Trueba quien, con aire varonil y mucho garbo, sobretodo al brazo para utilizarlo como capa en el momento necesario, se dirigió resueltamente hacia la bestia, saludado por los palmoteos y estruendosas aclamaciones del público que le gritaba:

¡Bravo, bravo! Ole, salero! ¡Bien por el valiente! ¡Que lo mate Trueba!

El bruto, así que vió á Trueba, coligiendo sin duda que se trataba de un Cúcharas de mentirijillas, le arremetió furioso. Al agredido pareció prudente dar la espalda al peligro y poner piés en polvorosa y así lo hizo sin pérdida de tiempo, pero con tan mala suerte que, antes de llegar al burladero, las piernas se le negaron redondamente á continuar la carrera y, cuan largo era, cayó en tierra, haciendo extrañas contorsiones.

Y el maldito cuadrúpedo, tal vez poco ver-

sado en achaque de refranes no tuvo en cuenta aquél de que á enemigo que huye la puente de plata, y empezó erre que erre por ver si podía despanzurrar al aficionado, lo que no le era posible conseguir debido á la mala disposición de su cornamenta.

Una casualidad, que las casualidades se han de presentar casi siempre donde menos hacen falta, hizo que el pícaro animal acertara á meter el asta en la extremidad del pantalón del aporreado, yéndola á sacar á la altura de ciertas prominencias setentrionales, con lo cual quedó á la vista del público una flaquísima pierna que, por lo velluda, más parecía la de un aino del Japón que la de un individuo de la raza caucásica á que pertenecía Trueba.

La cosa, felizmente para el protagonista, no pasó de un susto mayúsculo gracias á la oportuna intervención de un capa verdadero á cuya sola presencia el muy taimado del toro huyó como huye el Diablo de la cruz, valga la palabra de los creyentes, que yo en materias religiosas ni quito ni pongo rey, ni siquiera, como el gran tunante Duguesclin, ayudo á mi señor.

Y desde aquel momento nació el refrán de que nos ocupamos, logrando en breve tiempo trasponer las fronteras del terruño, pues, en la plaza de toros de la Unión, hemas oído exclamar muchas veces, cuando algún bicho salía flojo:

¡Fuera, fuera! ¡Que lo mate Trueba!

VI

Dar en el ojo

En la costa del *Santa Lucía Chico* de este departamento, vivían en amor y compañía dos hermanos, apellidados Pinos, que tenían á su servicio, en la calidad de peón, un rapazuelo de ocho á diez años de nombre Torcuato González (a) *Chinchulin*.

Cierta travesura del arrapiezo dió margen á que uno de los Pinos le reconviniere fuertemente.

El mocosuelo, queriéndose las echar de hombre antes de tiempo, levantó el gallo, contestando desabridamente á su patrón quien le tapó la boca y le descompuso la nariz con un soplamocos de órdago.

Al volverse Pinos, Chinchulin, desenvainando el cuchillo que llevaba en la cinta, pretendió herirle por la espalda. El hermano de aquél, que notó á tiempo la actitud aviesa del pillete, le encajó un rebencazo de los de toma ese y no vuelvas por otro que, tengo para mis adentros, debió dejarle pronunciada lista roja en ambos hemisferios, donde fué dado.

El pobrete llevó instintivamente las manos al mapamundi y, á pesar de la prolongada mueca de dolor que el zurriagazo le arrancara, profirió en alta voz la siguiente amenaza:

¡Juro por las cenizas de mi madre que algún día me las han de pagar!

A la noche se eclipsó el chisgarabis, sin saberse en muchos años de su paradero. Ya

hombre, acordándose sin duda que tenía agravios que reparar, volvió al pago y, al uno tras el otro, armó camorra á los hermanos Pinos, dando á los dos en la parte derecha de la cara, un soberbio tajo que tomándoles desde la ceja remataba en la mejilla, sin ofenderles la vista, con lo que quedaron marcados *per omnia secula seculorum*.

Como es natural, corrió de boca en boca la fama del hábil chirlador, más que por su valentía, lo que es moneda corriente entre nuestros paisanos, por la forma matemática con que señaló en el mismo sitio el rostro de los hermanos Pinos que si antes eran parecidos, después de la marca la semejanza fue tal que difícil era distinguirlos. Esto dió motivo para que cuando se quería ponderar la destreza de alguien en el manejo del cuchillo, se dijera:

Es de los que da en el ojo.

VII

La ronquera de Bernardo

La noche anterior, vispera de Navidad, habíamos estado de verbena corrida, rematando con una cena viteliana en lo de Abate.

¡Aquello fué comer!... ¡Ni en los festines de Baltazar!

He de entrar en ciertas minuciosidades por sólo tener el gusto de contemplarles á ustedes, haciéndoles agua la boca.

Oigan y rabien: salchichón, mortadella, aceitunas y no una sino un barrilito en el que apenas si dejamos el agua y esto como caso de conciencia, sandwiches, manteca, ostras de las que no quedó ni el caldo, pescado y perdices en encabeche, calamares en su tinta, gallinas rellenas, pavos trufados, salchichas, chorizos, tortillas y...

Permitanme ustedes que tome un poco de aliento y me componga el pecho, porque si me viene un acceso de tos lo echo todo á perder y se quedan ustedes con el cuento á medio empezar.

Continúo.

...y todo ello remojado con sendos tragos de Chambertin, Chateau Lafite, Saint Emilion y algunos otros vinillos y, por último, con buenas dosis de Champagne

¡Mucho lujo!—exclamarán los envidiosos.

Contesto.

Para eso pagábamos adelantado y en orito contante y sonante, como dicen aún ciertos cartularios, que entonces andaba Dios por el mundo, esto es: abundaba que era una delicia el ungüento de Méjico. No sucedía lo que en estos menguados tiempos en los que, ni con pilangre, se pesca un ojo de buey.

Y vinieron, como es de cajón, los brindis, algunos espirituales, pero los más sumamente... espirituosos!

A Bernardo se le fué un poco, mejor dicho un mucho, la mano. Bien pronto la sin hueso del jaranero empezó á soltar á porrillo incoherencias que demostraban bien á las

claras que no le había quedado un sólo resquicio del cerebro, donde el alcohol no se le hubiese colado como Pedro por su casa ó como uñas de ministro de hacienda en las arcas del tesoro público.

Se creyó necesario llevar al iluminado á dormir la inspiración, pues ciertas rachas continuadas empezaban á dar evidentes señales de tormenta estomacal con peligro de lluvia inmediata.

Conduje á mi domicilio al achispado y aun no le había concluido de tender en el lecho cuando la tempestad estalló pavorosa. Durante un cuarto de hora hubo formidables descargas eléctricas, copiosa granizada y recios aguaceros, hasta que en las nubes de aquel cielo borrascoso, asomó el iris del sueño y la calma se restableció.

A la mañana siguiente, como á eso de las nueve, Bernardo me recordó para decirme que se sentía bastante resfriado. Su voz bronca así parecía justificarlo.

—Me voy—añadió con habla más bien gangosa que afónica—á que mi hermana me prepare un ponche con diez huevos, medicina que á mi me cura como con la mano el constipado.

Y salió.

Bastante somnoliento y peor aún después de haber bebido tan respetable corroborante, tiróse Bernardo en una poltrona sobre cuyo respaldo acomodó la cabeza, quedando boca arriba. De pronto siente que algo se le había caído sobre la lengua y sobresaltado se apretó con ambas manos la boca y, corre que vuela, ganó la calle.

Y siguió en volandas hasta llegar jadeante á la casa del galeno G., en presencia del cual sólo atinó á escribir temblando lo siguiente:

«Doctor: creo que se me ha caído enterita la campanilla y no quiero desplegar los labios por no malograr la soldadura, si es posible.»

El médico disimuló una sonrisita picaresca y ordenó al paciente que abriera la boca.

—No es nada—le dijo—y sacó entre los dedos un pedazo de carne viva.

—¡No se lo decía! exclamó Bernardo, palideciendo.

—Calma, amiguito, calma—replicó el doctor.—¿Ha vomitado usted hace pocas horas?

—Sí, señor.

—Pues entonces, esto no es la úvula; esto no es más que un pedazo de carne sin digerir que se le habrá quedado á usted en las fosas nasales.

Bernardo abrió dmsmesuradamente los ojos, sacó del bolsillo del chaleco una *rueda trasera* y dejándola sobre el escritorio del hipócrates, salió sin despedirse, corrido y avergonzado.

Divulgado el suceso, nació el refrán. En cuanto le sentían á usted algo afónico, le preguntaban sonriendo:

¿La ronquera de Bernardo?

SOLANO A. RIESTRA

EL CLIMA DEL URUGUAY

Artículo escrito expresamente para el Diccionario Geográfico del Uruguay, por Orestes Araújo.

I

La escasez de observaciones meteorológicas relativas á la República, tomadas con escrupulosidad y método durante una serie no interrumpida de años, sólo nos permite hacer algunas ligeras consideraciones con referencia á los principales elementos que contribuyen á determinar el clima de una región ó país.

Con este fin, nos serviremos de las pocas, pero exactas observaciones practicadas en el Observatorio Meteorológico del Colegio Pio de Villa Colón; de las que se han recojido en las estaciones meteorológicas que el señor don Francisco A. Lanza instaló en el país hace algunos años; de las de varios concienzudos observadores, como los señores José H. Figueira, Felipe A. Berardo y Juan C. Hall; y de los estudios de los doctores Martin de Moussy, Luis Julio Saurel y Serafin Rivas.

1.—Temperatura

La media anual de la temperatura del aire á la sombra, puede considerarse como igual á 16°92 centígrados; siendo la de la estación de Verano de 22°33; la del Otoño de 13°56; la del Invierno de 12°79; y la de la Primavera de 19°01.

El mes más frío es el de Junio, cuya temperatura es igual á 10°03; y el mes más caluroso el de Enero, con una temperatura media de 23°27.

La temperatura máxima absoluta, observada á la sombra, ha sido: 41°5, anotada en Durazno el 30 de Diciembre de 1893. En la ciudad de Salto y también en la de Mercedes se han observado temperaturas máximas de 41°3 y 41°0, el 16 de Diciembre de 1893 y el 10 de Diciembre de 1890, respectivamente. Además, el doctor de Moussy asegura que, durante los diez años de observaciones que practicó en Montevideo, sólo una vez vió subir el termómetro á 41°0 y fué el 17 de Enero de 1847.

Durante los meses de Mayo á Agosto, la helada se presenta con alguna frecuencia y entonces el termómetro llega á señalar temperaturas bajo cero; habiéndose anotado hasta de -6°5 al abrigo, que es la más baja temperatura de que tenemos noticia y la cual fué observada en la ciudad de Durazno, situada en el interior y casi en el centro del país, en el mes de Junio de 1890.

Ambos extremos de temperatura sólo se observan muy raras veces.

2.—Humedad

La humedad media anual del aire, expresada en centésimos, (la saturación se considera igual á 100), se estima en 75.2 %; la de la estación de Verano en 68.5 %; la del Otoño en 77.2 %; la del Invierno en 82.4 %; y la de Primavera en 72.6 %.

En los meses de Abril á Agosto son frecuentes las nieblas y brumas, las cuales, generalmente, tardan bastante en disiparse.

El mes más húmedo del año es el de Junio; y el más seco Diciembre y Enero.

3.—Viento

Los vientos dominantes son generalmente los del Este: NE., E., y SE.

Casi siempre el viento es de escasa velocidad: 3 á 4 metros por segundo, en término medio; pero durante los temporales que se presentan en los meses de Invierno, suele alcanzar hasta 15 y 25 metros por segundo, correspondiendo esta velocidad, generalmente, á los vientos del Sur y SW., (pampero) y ocasionando no pocos perjuicios: derumbes, naufragios, etc.

El viento más caluroso es, por lo general, el Norte, y el más frío el Sur.

«El primero, particularmente en Verano, con todos sus inconvenientes de temperatura elevada, de tensión eléctrica, etc., es un viento sofocante, de influencia dañosa sobre el sistema nervioso, que predispone á muchas enfermedades y agrava las ya existentes.

«Se le siente llegar: el organismo sufre de antemano su influencia, y mientras que dura, un gran cansancio y un gran malestar hacen presa del individuo.

«Felizmente es corta su duración.

«Este estado desagradable de la atmósfera cambia al cabo de pocos días. Se produce entonces una gran tempestad acompañada de manifestaciones eléctricas, truenos, relámpagos y lluvias, á la cual sigue un agradable viento del SW., el pampero, seco y sano, que restablece el equilibrio perdido.»

4.—Lluvia

La cantidad media de lluvia anual que cae en el país, alcanza á mm. 944.7. La que cae en la estación de Verano se estima en mm. 234.9; la que corresponde al Otoño en mm. 259.6; estimándose la que cae en Invierno en 276.6; y la correspondiente á la Primavera en mm. 173.6.

La estación más lluviosa es la del Invierno; siendo la más escasa en precipitaciones acuosas la de Primavera. En los meses de Otoño é Invierno suelen presentarse lluvias acompañadas de viento SE. fuerte (suestada), que generalmente duran de 3 á 4 días.

Al Sur de la República, en el litoral del Rio de la Plata y del Océano Atlántico, la cantidad media de lluvia anual oscila entre 700 y 900 mm.; mientras que en el interior y litoral del Rio Uruguay, aquella cantidad fluctúa entre 900 y 1200 mm. anuales, sobre todo en los departamentos del Norte, como Artigas, Salto y Rivera.

El término medio de días con lluvia en el año es de 75 á 90.

5.—Tempestades

Durante los meses de Verano son frecuentes las manifestaciones eléctricas, contándose, por término medio, de 40 á 50 tempestades anuales.

Algunas veces, muy pocas, estas tempestades

vienen acompañadas de granizo, por lo general de pequeñas dimensiones.

II

El cuadro que ponemos á continuación—y en el cual han sido distribuidas en cuatro regiones las localidades del país de las cuales poseemos observaciones meteorológicas completas,—indica la temperatura media anual; la del mes más caluroso; y la del mes más frío del año en cada localidad; así como la diferencia entre ambos extremos:

LOCALIDADES	Temperatura media, expresada en grados Celsius			
	Del año	Del mes más caluroso	Del mes más frío	Diferencia
I. Litoral del Rio Uruguay				
Salto	18.46	23.1	11.4	14.7
Independencia.	17.31	24.6	9.2	15.4
Mercedes	17.78	24.1	9.2	14.9
Nueva Palmira	16.63	25.5	10.5	15.0
II. Litoral del Rio de la Plata				
Villa Colón	15.92	22.8	9.8	13.0
Montevideo.	16.16	22.3	9.6	12.7
Isla de Flores.	17.41	24.0	9.1	14.9
III. Litoral del Océano Atlántico				
Maldonado.	16.60	24.8	9.5	15.3
Rocha	15.85	22.3	10.7	11.6
IV. Interior				
Estancia «San Jorge»	18.27	24.9	9.5	15.4
Durazno	17.12	23.6	9.6	14.0
Treinta y Tres.	16.95	22.3	11.6	10.7

El examen de este cuadro nos da una idea respecto del clima del país. En primer lugar se observa que la diferencia entre la temperatura media del mes más caluroso y la del mes más frío oscila entre 10°7 y 15°4 y que esa diferencia es poco sensible en las diversas localidades.

En segundo lugar tenemos la casi uniformidad que existe entre la temperatura media del año de las diferentes localidades; así como igualmente que la región del litoral del Rio Uruguay y la del interior, gozan de casi igual temperatura media anual: 17°54 la primera y 17°44 la segunda. Esta igualdad se nota también entre la temperatura media del año de la región del litoral del Rio de la Plata y la del litoral del Océano Atlántico: 16°49 corresponde á la primera y 16°22 á la segunda. La diferencia de 1°14 que se observa entre la temperatura media anual de las dos primeras regiones, comparada con la de las segundas, debe atribuirse á la distinta situación geográfica de esas mismas regiones.

Los modernos escritores de climatología distinguen los climas con los nombres de *dulce*, *templado* y *rígido*, según la diferencia que exista entre la temperatura media del mes más caluroso y la del mes más frío del año, debido á que esta diferencia está casi siempre estrechamente ligada con la temperatura media del lugar y con la rigurosidad de los inviernos y da una idea bastante exacta de las condiciones generales del clima.

Teniendo, pues, presente la mencionada distinción, y que se llama *dulce* el clima si la diferencia de temperatura entre el mes más

caluroso y el más frío del año no pasa de 10°; *templado*, si dicha diferencia está comprendida entre 10° y 20°; y *rígido* si pasa de 20°; y tomando en cuenta los datos que nos proporciona el cuadro que antecede, hallamos que el clima del Uruguay ha de definirse como *templado*, pues la diferencia entre la temperatura media del mes más caluroso y la del mes más frío del año, puede considerarse igual á 13°24.

Antes de dar término á estos apuntes nos parece conveniente agregar las referencias que respecto del clima del país hacen los doctores Martin de Moussy y Luis Julio Saurel, quienes tuvieron ocasión de estudiarlo: el primero durante diez años (1843 á 1852) y el segundo, de Febrero de 1849 á Julio de 1850.

El doctor de Moussy dice: Aunque el clima parece irregular á causa de los cambios bruscos de temperatura, consecuencia de las borrascas frecuentes y de los vientos del S. y SW., los promedios de temperatura anual son casi los mismos; la más grande diferencia encontrada en diez años, entre el año más frío y el más caliente, en Montevideo, ha sido de 0°9.

Y el doctor Saurel, refiriéndose al clima de Montevideo, manifiesta que su carácter principal consiste en cambios instantáneos y bruscos de temperatura.

Nosotros agregaremos que esta conclusión del doctor Saurel puede aplicarse también á todo el país, pues así lo comprueban las observaciones practicadas; notándose que aquellos cambios se observan con más frecuencia en las estaciones de Verano y Primavera.

ANTERO URIOSTE,

Encargado del Servicio Pluviométrico de la Sociedad Meteorológica Uruguaya.

Montevideo, Octubre de 1898.

LAS BODAS DE ORO

Había amanecido espléndido y hermoso el día del aniversario de su casamiento, un día tan espléndido y tan hermoso como aquel de hace cincuenta años, cuando los dos eran muy jóvenes, casi dos niños, en que unieron sus afectos y consagraronse por entero el uno al otro. Ella tenía, entonces, diez y seis años, alegre como un cascabel, fresca como un ramo de rosas; él tenía veintitres, guapo mozo, muy fogoso y muy enamorado; se casaron porque se querían mucho y su vida fué lo más dichosa que podía apetecer. Los primeros años, apasionados, arrullándose con palabras tiernas, con caricias de juventud, con todo el ardor de la sangre de los veinte años. Después la pasión fué menguando para dar lugar al cariño reposado, á las caricias más graves, á los besos menos estrepitosos y más íntimos.

Y pasó la juventud y empezaron á blanquearse sus cabezas y el cariño que sentían era mayor todavía, un cariño tranquilo, reposado, confiándose todos sus pensamientos, todas sus intenciones, un cariño puramente

de corazón, sin explosiones, sin grandes arrebatos, un cariño que les hacía llorar juntos por cualquier tontería, que les hacía mirarse fijamente, contemplarse mudos y entristecerse viendo los rizos blancos y las arrugas profundísimas de las caras.

Y así eran dichosos; aquel día, sobre todo, sentíanse más felices que nunca; era el día de sus bodas de oro, el aniversario de su casamiento, de una vida de cincuenta años juntadas las alegrías y las tristezas, y celebrarían la fiesta con toda solemnidad.

La mujer, la Toñuela, no cabía en sí de gozo; con el alba se había levantado y no regañó casi, contra costumbre, al contrario, dió un abrazo á su marido y salió á por los preparativos de la fiesta, porque era necesario proveer para la mesa y hacer algo extraordinario. Luego, quería ir á la iglesia y comulgar.

El pobre Ramón se quedó en casa aguardando, arreglándolo todo. Cogiera algunas flores de las macetas de la galería y haría un ramo para la mesa. ¡Poco contenta se pondría su mujercita con tal fineza! El día de la boda también hubo muchas flores en la mesa!

Y mientras arreglaba el ramo empezó Ramón involuntariamente á hacer examen de conciencia. ¡Qué buena era su mujercita! tan amante, tan cariñosa, tan buena aguantando sus impertinencias... porque él sí que tenía mal carácter y á veces se enfadaba por cualquier nimiedad y la regañaba. Es verdad que luego se le pasaba y que su enfado no era más que nerviosidades, que nada sentía de cuanto se le venía á los labios y en seguida se hubiera dado de cachetes por no haberlo dicho, pero así y todo ¿por qué había de disgustar á la pobre vieja tan buena, tan cariñosa y tan amante? ¡Y cuidado que se querían! En cincuenta años no había tenido de ella la más pequeña queja, siempre sujeta á su voluntad y aviniéndose sin réplicas á todos sus caprichos. Hasta ahora, viejecita y todo, con qué solicitud le cuidaba, con qué delicado afecto... cuando estuvo enfermo, por ejemplo... ocho días sin acostarse velando al lado de su cama, no olvidando una vez siquiera darle la medicina y eso que se caía de sueño!... y cuando le decían que se acostara ella se enfadaba, no quería de ningún modo y ocultando las lágrimas... porque él estaba grave, muy grave, creían que se moría... le acariciaba y le mimaba procurando sonreírse...

¡Y qué contenta estaba aquel día! con qué cara tan risueña se había levantado y con qué presteza se había arreglado... se había puesto la mantilla de blenda... aquella que le regaló el día de su santo hacía tantos años, aquella que sólo salía á la calle en los grandes acontecimientos... estaba algo enrojecida ¡claro! ¡de tenerla tantos años en la cómoda! Y es que la Toñuela era muy económica, una mujer muy de su casa... ella sabía que con lo que tenían podían vivir sin trabajar, pero modestamente, sin derrochar... *ir tiran-*

do como decía y no se perdonará que el pobre Ramón tuviera que volver á la oficina á su edad por haber ella gastado demasiado... No, no, eso nunca... ella estaba muy contenta con la vida que llevaban y no ambicionaba más... ¿Acaso tenía que presumir ahora, siendo ya vieja?... Pero, vaya,—continuaba Ramón,—la Toñuela exageraba, porque á él no le importaba que gastara algo más... ¡tanta economía, tanta economía!... Si casi por no gastar se privaba de lo más preciso!... No, no, él se lo diría; quería que no fuese tan económica, que se comprara lo que le gustase... él sí que no necesitaba nada... con cuatro reales para ir juntos al café los domingos, lo pasaría tan ricamente...

Y siguiendo el bueno del viejo su monólogo empezó á vestirse; era preciso acicalarse, ponerse la levita de los domingos para sentarse á la mesa, porque aquel día era día de fiesta... ¡Calle! Diría a Toñuela que se pusiera las joyas y él se adornaría con la leontina de oro que ella le regaló cuando eran novios... Si, eso era, el reloj de oro y aquella soguilla de oro y pelo de ella, el pelo rubio y sedoso, blanco ahora, pero tan sedoso ó más que entonces... la Toñuela se la había regalado hacía más de cincuenta años cuando él le regaló la tombaga de novios... Con ello le daría una sorpresa... ¿pero dónde la tenía guardada su mujer?... porque él se la había dado para que la guardase... ¡Calle! en la cómoda grande quizá...

Y el pobre viejo fué á abrirla y empezó á buscar... ¿Qué es esto del rincón?... Un paquete de cartas... ¡Ah, sí! Las cartas de novios!... abrió la primera y empezó á leer... ¡qué cosas decía! eran muy niños entonces pero se querían de veras... Y no estaba mal escrito todo aquello!... ¡Hasta parecía que no era él quien lo había escrito!... Con toda seguridad no sabría escribirlo entonces!... Continuó leyendo y después de hojear con gozo infantil una docena de cartas lo menos, encontróse con un paquetito de cinco ó seis que no eran suyas... ¿De quién serían? *Queridísima Antonia*... El no la llamaba así y ni aquella era su letra... ¿Serían de algún novio de la Toñuela... antes de casarse?... Si, eso debía ser... el papel era muy amarillo, parecían más viejas que las suyas... Pero, no, la fecha era posterior... era de cinco años después de casados... y siguió leyendo y empezó á palidecer y á temblar porque aquellas cartas no dejaban lugar á duda... ¡Y parecían más viejas que las suyas!... Ella las había leído con más cariñoso cuidado, más repetidamente, muchísimas veces quizás!... ¡La Toñuela, sí, la Toñuela había tenido un amante, le había engañado!... Ah! la infame!... A él que le amaba tanto!... Pero ¡si ella le amaba también! ¿acaso no habían vivido siempre felices, siempre juntos y queriéndose mucho? Si; era verdad, pero ella le engañó, ella tuvo un amante... aquella carta era contestando á una de Antonia... y le engañó... le engañó!... ¡Qué desgraciado era!...

El pobre Ramón no sabía lo que le pasa-

ba... sentía una pena muy grande... sentía como que se moría... ¡cincuenta años de felicidad y en un día, en un momento una pena mucho mayor que todas aquellas dichas!... No sabía qué hacer, ni siquiera sabía pensar... había caído sentado en una silla, junto á la mesa del comedor y no acertaba á soltar aquel maldito paquete de cartas que tanto mal le habían causado, que habían destruido toda una vida venturosa!...

En aquel momento llegó la Toñuela... llegaba muy cansada... había subido muy aprisa las escaleras, y solícita se acercó al pobre Ramón al verle tan abatido y pálido.

—¿Qué tienes, viejo mío?—le preguntó.

Ramón no supo qué contestar, levantó la cabeza, fijó sus ojos en los de la viejecita y sin decir una palabra, alargándole el paquete de cartas, rompió á llorar estrepitosamente.

JORDÁ

NOCTURNO

(Sueño de una virgen después de leer la "Divina Comedia")

(INÉDITO)

La Luna contempla con dulce pupila
La Tierra que duerme en sus velos oculta...
No vibra sus ondas el aura tranquila,
Ni mueve en la huesa que muertos sepulta
El negro follaje del triste ciprés!...
Quizás en la tumba el gusano desvele,
O algún centinela vigile, tal vez;
O encima los mares el náutico vele;
O, dentro la selva, detrás del ramaje,
La fiera temida la víctima aceche;
O allá, en el castillo, fugaz algún paje,
De Venus desvíos quizás aproveche...
Que sólo los velos del aire rasgaba
El ritmo del ala del cuervo sombrío,
O el trémulo agudo que el grillo lanzaba
Mezclando sus sonos al lloro del río!

Cual otro Novello, señor de Ravena,
(Señor de Ravenna y á más de Polenta)
De aquel su castillo los ámbitos llena
De risas alegres, cual aura que alienta,
La dulce Francisca, la única hija
La débil columna de añoso señor!...
Más ¡ay! de un Rimini, que celos cobija,
Será con su cuerpo, más nó con su amor!...
Será de un Paolo la lúbrica amante;
Esclava del alma, también de su ser...
Y ante su conciencia, la sien delirante,
Veráse traidora, ¡perversa mujer!...
Después, con su amante, en convulsa agonía,
Los pechos partidos por fino puñal,
Unida con lazos de fúnebre orgía,
Veráse en los fuegos del antro infernal!...

Aquello soñaba la pura doncella,
La noche tranquila de Luna plateada,

Hundida en el lecho, cual célica estrella
Que tras de la nube parece asomada!...
¡Aquella soñaba la virgen dormida,
La bella Francisca de sien delirante,
Después que leyera con faz conmovida
La Diva Comedia del mágico Dante!

WERTHER

Florida, 1898.

PUESTA DE SOL

A mi amigo Rafael J. Fosalba

Los rayos del sol que está ya bajo, voltean sobre las calles longitudinales su última luz, mientras doran el horizonte con sus cambiantes de fuego, semejantes á inmensa fragua, cuyos resplandores rojizos se dibujarán allí en la línea del horizonte.

Es la hora en que el astro rey da su posterior saludo á nuestras playas, para dar sus alegres buenos días á otros países, que se ocultan, tras la línea azulada del Poniente.

La hora en que el obrero deja la ruda labor; en que las calles de la ciudad se ven llenas de gente que se lanza á ellas, pues el sol no mo'esta ya con sus rayos caniculares y se puede gozar del agradable céfiro de la tarde, que tanto halaga el cuerpo.

Por las aceras de las calles Sarandi y 18 de Julio comienza á esa hora el desfile, los terribles flechadores de tiernos corazones, apostados en las puertas de algún café, esperan el pasaje de sus *dulcíneas*. Los trajes de nuestras niñas, con sus vivos colores, unido á la alegría que reflejan sus rostros, dan mágico colorido y mucha animación al espléndido é interesante cuadro.

La calle Agraciada adquiere á esa hora su completa animación; desde la acera de cualquier quinta, bajo la frondosa calle de árboles, se admira el constante cruzar de los carruajes repletos de bellezas, al galope de sus troncos que respiran jadeantes y orgullosos como contentos de ser conductores de tan preciada carga.

En el Prado, la escena cambia. Bajo los frondosos *eucaliptos*, á las orillas del estanque cuyas aguas cristalinas reflejan el amoroso cuadro, las parejas de enamorados se pasean alegres, aspirando las brisas saturadas del perfume de las flores y contemplando el lozano verdor de los jardines, la tersura de las aguas y la soberbia esbeltez de los niveles cisnes, mientras hacen los más variados y poéticos comentarios.

Otras parejas en tanto se pasean por las orillas del manso Miguelete, admirando el pequeño arroyuelo que serpentea por entre los yuyos de sus orillas, y que estrecha aquí su cauce, para ensancharlo más allá, formando pequeñas islas que cubren lozanos trebolares que en plena florecencia saturan el ambiente con su fragancia silvestre.

Mientras así se despide la caída de la tarde en los suburbios de la ciudad, en el centro, en las calles hay mucho bullicio, y mucha

animación, mucha vida en las plazas, cuyas hileras de bancos se hallan ocupados por gran concurrencia en que predominan las sirvientas que hacen amena *causserie* con algún criado, mientras echan vígilantes miradas á los chicos que corren alegres, en infantiles juegos entretenidos, lanzando al aire gritos de satisfacción, como pajarillos á quienes dejarán en libertad abriéndoles las puertas de sus encierros.

También los muelles á esa hora se hallan llenos de gente, la que va á embarcarse y la que va á respirar las brisas marinas, ó como yo á observar recreando mi vista en la contemplación de la bahía llena de embarcaciones; botes que conducen pasajeros para los vapores de la carrera á Buenos Aires, los cuales dejan escapar por sus anchas chimeneas bocanadas de humo; ó vaporcitos que surcan veloces la bahía, dejando tras sí blanca estela de espumas que va disipándose á medida que se alejan.

Allí, en medio de aquel bullicio en que se confunden con las pitadas de los vapores los gritos de los boteros, que desde sus botes ofrecen al paseante sus pequeñas embarcaciones, contemplo el Cerro, el coloso guardián cuyo luminoso ojo ciclópeo enseña de noche el puerto á los navegantes, al propio tiempo que vela por la seguridad de la coqueta del Plata que duerme tendida á su frente, teniéndola al amparo de toda sorpresa.

De pronto, un estampido de cañón disparado desde la fortaleza del Cerro, saluda al sol que desaparece ya de nuestra vista como si se sumergiera en el río. La bocina ronca y potente de los vapores de la carrera atruena el espacio, anunciando la marcha, sacudiendo su modorra, y á impulsos de sus miembros de acero van á cruzar el río para llegarse á la otra orilla.

En la ciudad, en tanto avanza la noche, las calles van quedando sumidas en la semi-obscuridad del crepúsculo vespertino, alumbradas de trecho en trecho por los faroles eléctricos. Solo mirando hacia el mar, allá en la franja del horizonte, se perciben aún desvaneciéndose los resplandores del sol.

Luego, al retirarme, cuando ya la noche ganaba terreno é iba envolviéndolo todo con su negro manto, eché mi última mirada y aún percibi esfumándose la silueta del vapor que se iba borrándose á mi vista, envuelta en las sombras de la noche.

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA

Montevideo, Noviembre de 1898.

MINUCIAS

DÍMELO

Qué fué de aquel amor que me juraste?
Qué fué de aquel recuerdo de placer?
No me es extraño en tí rencor y olvido...

Al fin eres mujer!...

PASÓ

Pasó la primavera con su veste
De encajes de colores,
Y con ella la imagen fugitiva
De la dicha, el fortuna y los amores.

NO LLORES

No llores más, que si el dolor intenso
No cesa de llagar tu corazón,
Dentro de mí yo tengo un paliativo:
La humana decepción.

No llores más. Las lágrimas son lágrimas,
Y las absorbe el sol.
Dame caricias, que sus huellas nunca
Serán borradas por el alma, nó!

OSCAR G. RIBAS.

Noviembre de 1898.

MATERIALISMO

Para LA ALBORADA

He ahí una palabra que tiene su reminiscencia desde el divino Platón que contrariaba su doctrina, cuyo sentido corruptor se cierne hoy más que nunca sobre nuestras creencias y se divulga con complacencia repitiéndose con cinico alarde, como un adelanto de nuestra época.

Podríamos decir con verdad, que si así se piensa no podemos alardear la novedad, puesto que el materialismo existe en los cerebros enfermos, desde los tiempos más lejanos.

¿Conocemos aún verdaderamente nuestra cuna?... ¿Hablaemos de ella con exacta seguridad?... No, no sería posible determinar ni afirmar el sitio de nuestra existencia; aún divagamos á su respecto. En lo único que á mi entender podríamos acentuar nuestras decisiones sería en el estudio de nosotros mismos.

Nos sentimos; ahí está todo lo que puede estar á nuestro alcance... Nuestra cabeza piensa, nuestro corazón late; he ahí nuestra escuela... El pensamiento, hermoso dón, intangible por su misma esencia, no está sugeto á la materia; vuela por el espacio y va donde nuestra alma, que, como él intangible, lo dirige...

Nuestras ideas brotan sujetas á las veleidades del pensamiento para expresar nuestras más recónditas sensaciones.

El materialismo, tan antiguo como nuestra humanidad, se presenta con claridad al entendimiento como detractor de la nobleza del hombre, quien se acerca á lo divino en la belleza del espíritu, cuyo delicado perfume lo induce á ser factor de acontecimientos elevados.

Más conveniente á los espíritus absorbentes, y por lo tanto más humano, el materialismo se ha entronizado en la popularidad de nuestra época, para mostrarnos sin reserva lo mucho que nos falta para conocernos á

nosotros mismos; obra al parecer sencilla, pero que estriba en la dificultad de una sociedad envaneida y poco afecta al estudio primordial de nuestra efímera existencia...

Yo, aunque ignorante mujer, me siento, me estudio y me encuentro; y me digo como Galileo en aquella preciosa frase *E pur si muove*: tenemos un alma y ella es inmortal!

SEMPRONIA.

Noviembre 14 de 1898.

EN PURA PLATA

Un gato engarrafado en la nariz,
un hueso en la garganta de través,
un sembrado de callos en los pies,
y una sarna perruna por barniz.
Un dolor en las muelas de raíz,
un divieso, y en fin otro después,
fieras bascas de un mes y de otro mes,
un dogal con carlanca en la cerviz;
un baño en cueros vivos de alquitrán,
sinapismazo en parte no común,
sentirse en el ombligo un alacrán,
estar de un cocodrilo en mancomún,
y vivir cual murió San Sebastián,
ese es el matrimonio y más aún.

JULIO MONREAL

SOCIALES

CONFESIÓN

P.—Qué color prefiere usted?

R.—El que ha copiado de los cielos la bandera inmaculada de la patria.

P.—Qué flor?

R.—Prefiero el gracioso misyotis porque me recuerda el color de sus ojos y le expresa mis anhelos «no me olvides».

P.—Qué perfume?

R.—Aspiro con deleite el suave perfume de la violeta y renuevo con ello gratas é inefables impresiones.

P.—Qué animal le es á usted más simpático?

R.—El inquieto colibri que fabrica su diminuto nido en la rama colgante del naranjo en flor.

P.—Qué color prefiere usted en los ojos y en los cabellos?

R.—Que sean negros, muy negros, de mirar profundo, teniendo por aureola cabellos rubios como hebras de oro.

P.—Qué destino es más digno de compasión?

R.—El de un pueblo, que, oprimido por la fuerza bruta, no puede trozar las cadenas que le sujetan al déspota.

P.—Qué vicio detesta usted más?

R.—Siempre he creído que la adulación es el más despreciable de todos, porque en el fondo de sus palabras almibaradas guarda la ponzoña que ha de causar la muerte.

P.—Cuál es la virtud que usted más estima?

R.—La santa resignación cristiana, que, como hija del cielo, aplaca las tempestades del alma y desvanece la desesperación del enloquecido por el dolor y la angustia.

P.—Cuál es su ocupación favorita?

R.—Leer mucho; leer todo aquello que pueda reportar nuevas enseñanzas y nuevas satisfacciones á mi alma, enseñanzas y satisfacciones que he encontrado en «Narraciones», del inteligente Blanco Acevedo, en «Perfiles Literarios» de Piquet y en «Campo» de Javier de Viana.

P.—Qué plato prefiere usted?

R.—No me desagradan las perdices en escabeche, pero opino que es plato más digerible una noche de velada en Solís ó un día de recreo bajo los poéticos sauces del Santa Lucía.

P.—Cuál es el descanso que usted prefiere?

R.—Dejar vagar el pensamiento por el país de los ensueños y traer á la memoria los momentos de dicha inefable que pasan, que pasan pronto, como todo lo que tiene un átomo de felicidad.

P.—Cuál es según usted el ideal de la dicha terrestre?

R.—Hacer el bien, todo el bien posible; derramar alegrías y flores por doquier, para que, al llegar al fin de la jornada, podamos hacerlo con la conciencia tranquila del deber cumplido.

P.—Qué edad tiene usted?

R.—La edad en que se sueña con esperanzas de ventura; en que se vive con ilusiones, en que se tiene fe en el porvenir.

P.—Qué nombre habría elegido usted?

R.—El que llevaba la infortunada prometida de Efraim; la buena y candorosa María.

P.—Cuál ha sido el momento más bello de su vida?

R.—No puedo referirlo. El pertenece al dominio de los sentimientos íntimos, y mis labios callan lo que el alma guarda inalterable con toda su sublime elocuencia.

P.—Cuál es su principal esperanza?

R.—Mi alma cifra toda su ventura en él, en que comprenda mi amor, y fortalezca mi fe y mis ilusiones.

P.—Qué personaje histórico le es á usted más simpático?

R.—El sublime martir del Gólgota, coronado de espinas, muriendo al pie del madero para redención del género humano, me llena de admiración y respeto.

P.—Qué personaje de novela ó teatro?

R.—La espiritual Desdémona, víctima inocente de las furias iracundas de los celos y de las intrigas y calumnias de un malvado.

P.—Qué país preferiría usted habitar?

R.—Deseo habitar siempre el país en que he nacido, en que he sentido cariños, en que viven los seres que llenan mi vida.

P.—Qué escritor prefiere usted?

R.—Admiro la virilidad y cultura á la par que delicado y brillante estilo literario del invencible Acevedo Díaz.

P.—¿Qué poeta?

R.—«Ninguno canta mejor—Las costumbres de mi tierra—Las hazañas de la guerra—Y los lances del amor»—que el inspirado Carlos Roxlo, el poeta entre los poetas, el de portentoso talento, el de incomparable elocuencia, el que nos ha hecho confundir la poesía con la música.

P.—¿Qué pintor?

R.—El sublime autor de la Naturaleza nos ofrece por doquiera cuadros exhuberantes de vida y colorido.

P.—¿Qué músico?

R.—Me deleitan las cascadas de armonías religiosas que encierra el Requiem de Mozart.

P.—¿Qué divisa elegiría usted si debiera usar una?

R.—«Adelante», «Siempre adelante»; no doblar jamás la frente ante las contrariedades y reveses del destino.

P.—¿Cuál es según usted la obra maestra de la Naturaleza?

R.—El pensamiento, que salva las barreras más infranqueables y penetra en los profundos abismos de lo desconocido.

P.—¿De qué paraje conserva usted más agradables recuerdos?

R.—«Crepúsculos callad... Callad estrellas—La historia de dos almas—Que los cielos y nosotros no más han conocido».

P.—¿Cuál es para usted el ser más querido?

R.—Los míos y él son los que guardan mis mayores afectos.

P.—¿Cree usted en el amor?

R.—Tengo la convicción de que existe en el mundo, y de que la vida poco valdría sin la creencia de encontrar amores verdaderos que triunfen más allá de la tumba.

P.—Y en la amistad?

R.—Me parece que cada día existe menos; pero que aún se encuentra quien sepa conservarla pura y sincera.

P.—Escriba usted un pensamiento propio ó ajeno que le parezca aceptable.

R.—«Nada hay que me llene de tanta admiración y respeto como el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la voz de la conciencia en el fondo de nuestros corazones.—Victor Hugo.»

** Para ayer se había fijado en enlace del conocido exportador Juan Inda con la señorita Carmen Artola.

El acto se verificaría en la capital maragata.

** Mañana se efectuará en el Liceo Franz Lizst el concierto instrumental que ese centro realiza en ocasión del cuarto aniversario de su fundación. Entre los valiosos elementos que tomarán parte se encuentran la señora Luisa Nalo de Guicci, Virgilio Scabelli, A. Baños, Tusnelda Fálleri, Adela Taborda, Camilo Guicci, A. Narbona y P. Aguirre.

** Ha regresado de su viaje al departamento de San José el señor Juan L. Pascualini.

** Ha dejado de existir en Buenos Aires, víctima de una rápida enfermedad, la distinguida cuanto apreciable señora Azulima Rodríguez de Arboleya, hija del caballero don Fructuoso Rodríguez, y vinculada por estrechos lazos de sangre y de afectos los más hondos, á nuestra sociedad.

Su muerte ha despertado un vivo sentimiento de dolor. Llegue nuestro sentido pésame á sus deudos.

** Se halla en esta ciudad el señor Ascencio Anza.

** Desde hace varios días se encuentra entre nosotros el aventajado estudiante Eduardo Acevedo Cuevas, hijo del renombrado autor de «Grito de Gloria», doctor Eduardo Acevedo Díaz.

Pasará una corta temporada en el seno de los suyos, regresando después á la capital argentina donde cursa sus estudios.

** El 23 del corriente se realizará la boda del caballero Florentino Rubio y García con la bella señorita Ventura Granwuel.

Se solemnizará tan feliz acontecimiento con una tertulia en casa de los padres de la novia.

** Nuestro *petit bois du Boalogue*, ó sea nuestro aristocrático Prado, vió desfilar el domingo por sus largas alamedas á un gran número de las familias que dan la nota alta de sociabilidad en nuestro pequeño mundo.

Notamos la presencia de las siguientes: Gomensoro, Cuestas, Medina, Mazzuchelli, Shaw, Arteaga, Montero, Amaro, Calamet, Tagle, Varzi, Fleurquin, Aguirre, Aubriot, Riviere, Ferreira, Trabucatti, Rodríguez, Hamilton, Marquez, Seijo y muchas otras.

** El doctor Carlos de Castro ha pedido la mano de la hermosa señorita Elia Pérez Crosa, para su hijo Carlos, fijándose la boda para Abril del año entrante.

** El distinguido Leopoldo Storace conducirá en breve al altar de Himeneo, tan anhelado y también tan temido á la linda y simpática Blanca Perey.

¡Que lleguen al país de la felicidad y en él se queden son los votos que hace la amistad!

** La Comisión de señoras que presidirá el gran concierto, que en honor á Santa Cecilia organiza el Instituto Verdi, ha quedado constituida con las distinguidas damas: Ascensión Peña de Tajés, Isabel Susviela de Astort, Luisa R. de Groscurth, Elisa R. de Lerena, Ernestina E. de Zumarán, María A. de Avegno y Elbina R. de Martínez.

** El lunes partió para su quinta «Villa Angélica» que posee en Colón, la señora Matilde Escardó de Platero y sus hijas Matilde y María Angélica.

Pasarán en ella la temporada de verano.

** Se encuentra enferma la apreciable esposa del señor Salvador Roca.

Nuestros votos por su mejoría.

** Hállase completamente restablecida de las dolencias que recientemente le aquejaron la señorita Rosa Villafán.

ESLABONES

NOTAS DE LA SEMANA

¿PEQUEÑEZ?...

Con esta fútil interrogación encabeza un apreciable colega de la tarde la grave, y más que grave espeluznante denuncia de que á la señora viuda del ex-presidente de la república don Juan Idiarte Borda se le ha hecho la prohibición de visitar diariamente el panteón de la familia y presenciar los ritos funerarios que la mencionada dama hace celebrar en la capilla de la necrópolis.

¿Se trata de algo cierto? ¿Existe esa *pequeñez*? Pequeñez? No; bajeza, y de las más grandes, es el calificativo que se debe aplicar á esas vilezas sin precedentes.

Nos resistimos á creer en la veracidad de las inculpaciones que hace aquel diario. Pero pedimos que se aclare el asunto por quienes deben hacerlo.

Violar el sagrado derecho de que reverencemos nuestros muertos; ahorrjar el afecto que ata á la esposa fiel con el compañero caído ya en la fosa, ultrajar con una imposición brutal el culto de las almas cariñosas no puede tolerarlo nuestra sociedad. No debe tolerarse!

—El decidido correligionario y amigo señor Pedro S. Yharur, que desempeñaba las funciones de jefe de la Estación Tranqueras, en Rivera, se ha establecido en sociedad con el señor Arias con una importante casa de comercio en el mismo departamento.

Deseamos á la nueva firma la mayor suma de prosperidades.

—En el soneto *Ondina*, de nuestro apreciable colaborador Werther, publicado en el número anterior, se ha deslizado un error.

El segundo verso dice:

Y de cabellos color de oro

Cuando debió decir:

Y de cabelleras de polvos de oro,

Así lo escribió el autor, pues como lo *ingeniaron* los tipógrafos, el verso tendría *nueve* sílabas, en vez de *once*, además de que pierde su acento rítmico. Pedimos al autor disculpe el involuntario error, que nos apresuramos á salvar.

—Rindió examen general de Notariado obteniendo una brillante clasificación nuestro querido amigo Ramón Collazo.

Al felicitarlo le deseamos sinceramente todo el buen éxito posible en su honrosa carrera.

TRANSCRIPCIONES

«Desinterés patriótico», redacción, por «La Reforma», del Salto.

—«Disciplina partidaria», redacción, por «La Democracia», de la Colonia.

—El mismo, por «La Lealtad», de Trinidad.

—Sumario del núm. 34, «La Lealtad»; «El Pueblo» y «La Paz», de San José y «La Democracia», de Colonia.

—«Los dos cementerios», por Solano A. Riestra, «El Tiempo», de Florida.

—«El principio autonómico», redacción, «La Reforma», del Salto.

—«Filosofando», por Emilio Frugoni: «El Pueblo», de San José.

—«Los colectivistas», redacción: «Los Principios», de San Fructuoso.